

IDEAL DE CRUZADA Y LA MISION.

LUIS DUARTE

Universidad de Playa Ancha

EN EL AMBITO HISPANO.

1 CONCEPTUALIZACION Y EVOLUCION EN EL BAJO MEDIEVO EUROPEO.

La Iglesia no había olvidado el «*Id, y enseñad a todas las naciones*»¹, misión fundamental de su quehacer en la tierra. Pero las circunstancias históricas habían cambiado respecto a la Alta Edad Media: la evangelización de los bárbaros se percibía como finalizada. Por cierto que se visualizaban infieles hacia el Sur y hacia el Oriente, pero estos eran impermeables a la predicación evangélica y constituían un verdadero muro que impedían dar un paso más en su expansión, por lo que el Occidente cristiano estaba acorralado en estrechos límites geográficos, situación que se iría agravando a lo largo del Bajo Medievo a medida que la tenaza turca se iba cerrando. A esto había que agregar que el principal lugar de peregrinación y el más venerado, Jerusalén, había sido hollado por el enemigo sarraceno.

Pues bien, esta situación daría paso al gran ideal de la Edad Media: La liberación de Tierra Santa, por cuya obtención se derrocharían valor, vidas y bienes por muchas generaciones². En torno a esta aspiración se iría conformando el concepto de CRUZADA, en el que entrarían muy variados elementos, sobre todo del ámbito religioso. A este respecto sería muy importante el papel desempeñado por la Orden del Císter, cuyo principal portavoz fue San Bernardo. Este elaboró una verdadera teología de la guerra santa, justificando no sólo la muerte del guerrero cristiano, sino la que provocaba, pues *esa acción «es digna de mucha gloria»*. Este soldado es un «*ministro de Dios*» para vengar a Jesucristo de los agravios. Y si muere obtiene el premio eterno³. Desde esta idea se procederá a la fundación de las Ordenes Militares, varias de las cuales surgirían luego en España.

¹ Mt. 28,19

² Sugranyes, Ramón Llull, Docteur des missions, p. 4.

³ San Bernardo, «De laude novae militiae,» en Obras Completas, p. 857.

Otro elemento que concurre a la configuración del concepto de Cruzada, será la «*peregrinatio*», en especial a Tierra Santa, devoción que será abruptamente interrumpida a finales del siglo XI. Esta circunstancia histórica permitirá la transformación del peregrino en un soldado de Cristo, que en vez del cayado llevará la espada.

A estos elementos habría que agregar las creencias escatológicas y milenaristas que vuelven a asentarse con fuerza en la mente de los cristianos, luego de varios siglos de hibernación: El cruzado emprendía la «*peregrinatio*» convencido de que el fin del mundo se acercaba y que Cristo volvería para reinar desde la ciudad santa de Jerusalén. ¿Qué mejor que estar en ese lugar excelso al momento en que este gran acontecimiento se verificara?.

Se trata pues de una empresa de carácter religioso y colectivo que buscaba liberar los Santos lugares, bajo el liderazgo de los Papas, quienes daban normas a través de bulas «*ad hoc*», en las que se prometía la remisión de los pecados, y se otorgaban privilegios especiales y protección tanto al cruzado, como a su familia y bienes. Estas expediciones, que en un principio buscaban vengar la afrenta inferida a la Cristiandad por la ocupación turca de los Santos lugares y los consiguientes atropellos a los peregrinos, terminarían teniendo un carácter más bien defensivo y en declinación a partir de 1187, en que los musulmanes vuelven a adueñarse de Jerusalén. Persistirá sin duda el ideal de cruzada, pero sin la fuerza de antaño, debido al desgaste provocado a la Cristiandad por la lucha del Sacerdotium y el Imperium⁴.

Cabe preguntarse entonces, ¿este ideal tan fuerte en el siglo XII, que fue capaz de movilizar grandes masas para vengar la afrenta inferida a la Cristiandad por la ocupación musulmana de los Lugares Santos, seguirá proyectándose en el ámbito hispánico como una constante histórica a lo largo de los siglos XIV y XV hasta atravesar las fronteras cronológicas de la Edad Media?. Y una segunda cuestión: ¿existió una real relación entre este ideal y el de la conversión del mundo infiel, o fue sólo de carácter punitivo?

A decir verdad, para el siglo XII es evidente ese carácter punitivo. Buen indicio es lo que refleja la Bula «*Audita tremendi*» (29 de Octubre 1187) de Gregorio VIII en la que aparecen nítidamente dos elementos importantes para el concepto de cruzada: uno es la preparación espiritual como exigencia previa, lograda a través de la penitencia y las buenas obras, y el otro es la idea de castigo que se debe infligir al enemigo, transformándose el cruzado en instrumento del Dios vengador⁵.

⁴ Fliche-Martin, Historia de la Iglesia, Tomo IX, p. 221.

⁵ Bullarium Magnum, Tomo III.

Como puede apreciarse, en estos propósitos no se ve referencia alguna a la conversión del infiel.

Sin embargo, bajando al siglo XIII, se observa un cambio de matiz pues el concepto primitivo de Cruzada se potencia como instrumento al servicio de la libertad de la predicación evangélica. A este propósito, el Papa Inocencio IV es bastante explícito: **«Es lícito hacer la guerra para castigar los delitos de los paganos contra la ley natural, vengar el honor de Dios ultrajado por la idolatría; aun más, se puede asegurar por las armas la libertad de la predicación del Evangelio»**⁶. Como se ve, no se habla de destruir al enemigo sino de castigarlo por las ofensas a la Divinidad tanto en forma directa a causa de la idolatría como por conculcar la ley natural. Naturalmente que el objetivo es tan vasto que cualquier guerra santa queda justificada y la Cristiandad sería como un ejército permanente al servicio de la moral y de la fe. Pero lo más rescatable para nosotros es la utilización de la cruzada como instrumento que abre las puertas a la evangelización, mediante el control sobre la potencia musulmana que impedía la expansión del Cristianismo.

Santo Tomás, por su parte, presentaba una visión más serena frente al mundo infiel. Aceptaba como válido el orden natural, el que sustentaba los derechos de los infieles, de donde surgía el rechazo a imponer la fe por las armas, acercándose a la tesis apostólica. Pero será una doctrina con poco porvenir durante la baja Edad Media, pues resultaba más acomodada al momento histórico la doctrina de Enrique de Susa, el Ostiense, que negaba todo derecho al infiel musulmán, desde el momento que era un usurpador de los territorios que legítimamente pertenecían al Imperio Romano, y, por ende, al Papado, heredero legítimo del primero⁷. Había que esperar al siglo XVI, para que la doctrina tomista diera su fruto a través de la interpretación de Francisco de Vitoria.

Sin embargo, los misioneros mendicantes, alimentados doctrinariamente desde sus propias Ordenes, tenían una visión más evangélica de la Cruzada. No la rechazaban del todo, pues eran parte de una sociedad mentalizada en esa línea de fuerza, pero al menos la condicionaban a la expansión del Evangelio. De esta forma, vemos que el concepto se suaviza, y en alguna medida se cristianiza.

Es interesante destacar a este respecto, la diferencia que Olivier de

⁶ Vereecke, «De Guillaume d'Ockham à Saint Alphonse de Liguori», 438, en «Morale et Pastorale aux origines de la Colonisation espagnole en Amérique», Bibl. Hist. C.S.S.R. Vol. XII.

⁷ Ostiense, Commentaria in libros Decretalium, II, tit. 34, cap. 8, nº 26; III, 128, en Leturia, Relaciones... p. 166, en Nota.

Otro elemento que concurre a la configuración del concepto de Cruzada, será la «*peregrinatio*», en especial a Tierra Santa, devoción que será abruptamente interrumpida a finales del siglo XI. Esta circunstancia histórica permitirá la transformación del peregrino en un soldado de Cristo, que en vez del cayado llevará la espada.

A estos elementos habría que agregar las creencias escatológicas y milenaristas que vuelven a asentarse con fuerza en la mente de los cristianos, luego de varios siglos de hibernación: El cruzado emprendía la «*peregrinatio*» convencido de que el fin del mundo se acercaba y que Cristo volvería para reinar desde la ciudad santa de Jerusalén. ¿Qué mejor que estar en ese lugar excelso al momento en que este gran acontecimiento se verificara?

Se trata pues de una empresa de carácter religioso y colectivo que buscaba liberar los Santos lugares, bajo el liderazgo de los Papas, quienes daban normas a través de bulas «*ad hoc*», en las que se prometía la remisión de los pecados, y se otorgaban privilegios especiales y protección tanto al cruzado, como a su familia y bienes. Estas expediciones, que en un principio buscaban vengar la afrenta inferida a la Cristiandad por la ocupación turca de los Santos lugares y los consiguientes atropellos a los peregrinos, terminarían teniendo un carácter más bien defensivo y en declinación a partir de 1187, en que los musulmanes vuelven a adueñarse de Jerusalén. Persistirá sin duda el ideal de cruzada, pero sin la fuerza de antaño, debido al desgaste provocado a la Cristiandad por la lucha del Sacerdotium y el Imperium⁴.

Cabe preguntarse entonces, ¿este ideal tan fuerte en el siglo XII, que fue capaz de movilizar grandes masas para vengar la afrenta inferida a la Cristiandad por la ocupación musulmana de los Lugares Santos, seguirá proyectándose en el ámbito hispánico como una constante histórica a lo largo de los siglos XIV y XV hasta atravesar las fronteras cronológicas de la Edad Media?. Y una segunda cuestión: ¿existió una real relación entre este ideal y el de la conversión del mundo infiel, o fue sólo de carácter punitivo?

A decir verdad, para el siglo XII es evidente ese carácter punitivo. Buen indicio es lo que refleja la Bula «*Audita tremendi*» (29 de Octubre 1187) de Gregorio VIII en la que aparecen nítidamente dos elementos importantes para el concepto de cruzada: uno es la preparación espiritual como exigencia previa, lograda a través de la penitencia y las buenas obras, y el otro es la idea de castigo que se debe infligir al enemigo, transformándose el cruzado en instrumento del Dios vengador⁵.

⁴ Fliche-Martin, Historia de la Iglesia, Tomo IX, p. 221.

⁵ Bullarium Magnum, Tomo III.

Paderbon, profesor del Studium Generale de Colonia y autor de la historia Damiatina, pone de relieve al enfrentar la cruzada cristiana con la guerra santa islámica. **«Mahoma, nos dice, había convertido los pueblos por la espada, mientras que los cristianos no usaban de la espada sino para defenderse de la potencia musulmana y para reconquistar la Tierra Santa usurpada a los cristianos»**⁸. Por lo tanto, la cruzada no es una fuerza ofensiva sino que la usa sólo para defenderse y recuperar los derechos conculcados.

A decir verdad, desde el siglo anterior, comenzó a aplicarse la metodología de cruzada⁹ como medio de expansión evangélica, como la expedición contra los Wendos en 1147, que mal que mal, logró debilitar la tozudez de ese grupo germano convirtiendo algunos de sus príncipes, en especial, el de Brandeburgo¹⁰.

Pero en el siglo XIII la Cruzada se interrelaciona con la misión, y en tal forma que resulta difícil separarlas. Génicot, haciendo hincapié en los comunes intereses de cruzados y misioneros, o sea, entre violencia y conversión, conceptos que en las mentes medievales se hermanan, trae a colación la carta de Gregorio IX a dominicos y franciscanos esparcidos por Ultramar, en la que afirma: **«a los ojos del Redentor es tan bueno atraer a los infieles a confesar el verbo divino, como reprimir por las armas la perfidia de los Sarracenos»**¹¹. O sea que se equipara, y a nivel oficial, la misión apostólica de la conversión con el recurso de la fuerza. Al menos el ideal evangélico está presente como alternativa.

Por su parte, Tomás de Aquino, reconoce, en el tema en cuestión, el derecho de los cristianos a utilizar las armas, si los infieles impedían la divulgación y la práctica de la fe católica: **«Y por esto los fieles de Cristo frecuentemente hacen guerra contra los infieles, ciertamente no para obligarlos a creer, al menos que sobrevivan y quieran creer, sino para obligarlos a que no impidan la fe de Cristo»**¹². Por lo tanto, no se puede forzar por las armas a los infieles a creer, porque la fe es voluntaria, pero sí puede ser empleada la fuerza para facilitar la labor misional, es decir, para remover los obstáculos que la dificultan gravemente. Desde esta visión, la Cruzada se justifica porque abre camino a la evangelización, frenando la oposición activa del infiel.

⁸ Richard, La Papauté et la Mission d'Orient au Moyen Âge, p.37.

⁹ En el Alto Medioevo fueron frecuentes las expediciones militares con fines de expansión, pero eran fruto de la iniciativa de los príncipes, sin intervención directa del Papado, y en tal caso, no entran en el concepto de Cruzada.

¹⁰ Richard, La Papauté... p. 4.

¹¹ Génicot, Europa ..., p. 237.

¹² Sto. Tomás, Summa, 2ª, 2ª, q. 10, a. 9.

Pues bien, esta idea de Cruzada como instrumento misional no fue ajena a muchos misioneros del siglo XIV. Tal es el caso de Fr. Pedro Giraldi, Obispo de Sebastopol, quien en carta a los obispos de Inglaterra (13 de Octubre de 1330) describe las vejaciones de que son objetos los cristianos latinos, muchos de los cuales son vendidos a los Sarracenos, mientras las autoridades, de credo cismático, nada hacen, por lo que implora apoyo: **«He aquí por qué si hay en vuestro reino soldados valientes que deseen luchar por Dios y la dilatación de la fe, como por la libertad del pueblo cristiano reducido a servidumbre, y que deseen obtener ricos señoríos, principados, reinos y palacios, procurad enviar a sus direcciones al portador de la presente».** Más adelante añade: **«El príncipe de este país, que comanda en jefe las fuerzas de toda Georgia, está listo, por necesidad, para tomar parte en la cruzada, si tiene lugar, con todos sus hombres, juntamente con los cristianos de occidente. El está también dispuesto a obedecer a la iglesia romana y a aceptar la unidad de la fe»** Y por último: **«haced lo que esté en vosotros para que el estandarte de los mahometanos y sarracenos sea totalmente arrancado de este mundo. Los católicos pueden hacerlo así sin problemas si imitan como se debe el ejemplo de Carlomagno»**¹³

Como puede apreciarse, entre las razones motivadoras se encuentra sobre todo la dilatación de la fe, como antiguamente lo hiciera Carlomagno, figura modélica en cómo emplear la fuerza para expandir la religión. Por lo tanto la cruzada no se invoca sólo para humillar al enemigo secular, ni siquiera para librar Tierra Santa, si no que sus objetivos son superiores: la propaganda de la fe y la unión de la iglesia cismática al común redil de la iglesia romana. Si invoca otras motivaciones, que, por lo demás, constituyen el sueño dorado de tantos caballeros ricos en blasones y pobres en señoríos, lo hace en su afán de incentivar a la empresa liberadora.

Pues bien, estas ideas se repiten una y otra vez: Felipe de Mezières en su «Vida del bienaventurado Pedro Tomás, dice que la cruzada es predicación, bautismo de los infieles, retorno de los cismáticos a la unidad, multiplicación de las iglesias y crecimiento del reino de Dios al mismo tiempo que lucha contra los enemigos de la fe¹⁴. Por lo tanto, la

¹³ Loenertz, La Societé... p. 131-133. Sebastopol era un fuerte ubicado en la cuenca del Mar Negro, en la actual Crimea. La situación que describe Fr. Geraldí se entiende mejor si nos ubicamos en la realidad histórica de esa época: Los príncipes ortodoxos de la región eran vasallos de los Kanés tártaros ya convertidos al Islamismo. Pues bien, tanto los unos como los otros, veían a los cristianos latinos como gente sin defensa y sin derechos.

¹⁴ Acta Sanctorum, Enero, III, p.p. 611-638, en Fliche-Martin, Historia de la Iglesia, Tomo XIII, p.366.

cruzada resulta ser un concepto fuertemente evangélico, tomando en cuenta los objetivos que dice perseguir.

Otros misioneros, pese a toda una vida dedicada a la labor apostólica, proponen soluciones de fuerza que abran brechas en el cerco musulmán, desde una visión de estrategia militar, para facilitar el trabajo misional. Tal es el caso de Fr. Guillermo Adam, fraile dominico, cuyos viajes y escritos conocemos a través del P. Loenertz. Fr. Guillermo, en sus correrías apostólicas había llegado, a través de Persia, al Océano Indico pasando luego al reino de Etiopía, vale decir, por detrás de las líneas sarracenas. Pues bien, en su obra *«De modo Sarracenos extirpandi»* no sólo describe su viaje sino que expone sus ideas, entre las que destaca la sugerencia de un ataque cristiano por la espalda con apoyo de los príncipes locales, *«y los señores de estas tierras darían libremente, contra los sarracenos de la dicha ciudad de Eden, consejo, auxilio y favor no sólo de sus bienes sino más libremente de sus personas, algunos por odio, otros por lucro»*¹⁵ Ciertamente, estos pueblos se sentían oprimidos por la capacidad expansiva del Islam, lo que convence a Fr. Guillermo sobre su disposición, en caso de una cruzada, a apoyar un ataque desde el Sur, lográndose así la libertad del misionero para cumplir con su misión evangélica¹⁶.

Del mismo parecer son Fr. Jourdain Catala de Séverac y Fr. Pedro de Palu, ambos contemporáneos del anterior, vale decir de la primera mitad del siglo XIV. Jourdain Catala, también misionero en la India, escribe el relato *«Mirabilia...»* en el que junto con alabar las maravillas de este país, describe las posibilidades que se ofrecen a la Iglesia. Y como está consciente de la dificultad que surge del cerco islámico, alimenta el proyecto de una expedición bélica que abra el Oriente a la expansión cristiana. Parte sugiriendo al Papa el envío de unas cuantas galeras al Océano Indico posiblemente descendiendo por el Eufrates que sorprenderían al Islam y asegurarían la predicación del Evangelio¹⁷. Luego pone sus esperanzas en el rey de Francia: *«creo además que el rey de Francia podría someter todo el mundo para sí y para la fe cristiana, sin necesidad de ayuda ajena»* Y para sustentar más su idea se apoya en una antigua profecía indú, de este tenor: *«los paganos*

¹⁵ Loenertz, *La Societé...*, p. 63, n. 26; Coll, *Participación española en las misiones de la Tartaria...* p. 175; Dufeil, *Vision d'Islam depuis l'Europe...* p. 253. La información de estos autores ha sido extraída desde la Relación de Fr. Guillermo.

¹⁶ Esta estrategia demostrará su persistencia a lo largo del Bajo Medievo, como lo demuestra más de algún descubridor de los siglos XV y XVI, entre los que habría que incluir a Cristóbal Colón, como se indicará más adelante.

¹⁷ Loenertz, trae parte del contenido de este anhelo de Fr. Jourdan Catala, expresado en una carta dirigida a Fr. Francisco de Pisa (A Fr. III, 609, lin.37, 611 lin. 3) del 28 de Enero de 1323.

de la India tienen unas profecías en las cuales se anuncia que los latinos debemos someter todo el mundo¹⁸»

Salta a la vista lo utópico de este proyecto sustentado por Fr. Jourdain, que parte de una serie de supuestos que resultan ser frutos de la fantasía: De partida, cree que Egipto es un país indefenso, «**Ad arma sunt inutiles,**» dirá Dubois en su «**De recuperatione terre sancte**»¹⁹, como buen visionario que comparte las ideas de Jourdain. En segundo lugar, nos resulta muy poco convincente sostener que el Papa con unas cuantas galeras podría vencer a los musulmanes, aunque contara con apoyo local. A su vez imaginaba a Francia motivada por el ideal de cruzada oriental, en circunstancias que se encontraba plenamente involucrada en la política europea y debilitada por los trastornos económicos, sociales y demográficos, como el resto de Europa.

La razón que nos lo explica es la capacidad que tienen los misioneros de soñar utopías, poniendo su confianza plena y optimista en la Providencia, aptitudes que surgen precisamente cuando no se puede contar con los medios humanos para la realización de los anhelos. Lo importante es destacar que el ideal de cruzada no ha muerto, pues aún hace soñar a los misioneros que quieren libertad para cosechar la buena mies al alcance de la mano en la India y en Etiopía, el país: «**que vous appelez prestre joan**»²⁰.

Pues bien, esta tendencia, a la solución violenta es bastante generalizada entre los misioneros que deben sufrir en carne propia los vejámenes provocados por la intolerancia musulmana, como es el caso de Fr. Pedro de la Palu, dominico, autor de su «**Liber bellorum Domini pro tempore novae Legis**», que es una historia de las cruzadas, en la que defiende el «**Passagium Generale**» contra el Islam con el apoyo de los Tártaros, que atacarían desde el Oriente²¹. O de Fr. Raymond Etienne, autor del «**Directorium ad passagium faciendum**», quien sostiene que en la India y Etiopía hay multitud de almas que pueden ser convertidas, siempre que los occidentales organicen una cruzada y tomen Egipto, dejando libre el paso a los misioneros²².

Así pues, la idea de Cruzada no se extingue, pese a los fracasos, y

¹⁸ Jourdan Catala de Séverac, «*Mirabilia descripta*», en Dufeil, *Visión d' Islam...*, p. 253.

¹⁹ Dufeil, *Visión d' Islam*, p. 251, y en Nota.

²⁰ Jourdain Catala, *Mirabilia...*, p. 56, en Dufeil, *Vision d' Islam...*, p. 254.

²¹ Palu, Fr. Pedro de la, *Liber bellorum Domini pro tempore novae Legis*, en Coll, *Participación española...*, p. 173.

²² Richard, *La Papauté et...*, p. 170. Como es sabido, el concepto de «*Passagium*» se identifica con el de «*peregrinatio*», pero que en la mente del cristiano medieval es una peregrinatio armada para liberar los Santos Lugares o para permitir la expansión del Evangelio.

a tantos intentos abortados. Los Santos Lugares continuarán siendo una tierra de ensueño, símbolo de la Jerusalén celestial. Pero no más que eso. Ya no será el objetivo prioritario por conseguir, aunque se sueñe en ello, pues la Cruzada será mediatizada por los misioneros para la obtención de logros apostólicos. Desde luego no será una empresa netamente evangélica, desde el momento que no excluyen el recurso a la fuerza, y en tal sentido, la concepción misional tal como la concibió San Francisco y sus frailes, no pasará de ser un glorioso paréntesis, arrollada por la fuerza de los imperativos violentistas de la época. Las dificultades encontradas por los misioneros fueron tantas y de tal magnitud, y el proceso de conversión, cuando lo hubo, se hacía tan lento especialmente para algunas mentes afebradas-pensamos en Raimón Llull de quien hablaremos luego-, que se consideró necesario el recurso a la fuerza para quebrantar la resistencia musulmana.

2. EN EL SIGLO XIV HISPANO.

La península hispánica nos resulta especialmente interesante pues la consideramos el puente por donde pasaría este ideal al mundo indiano.

Pues bien, como el conducto natural de las ideas que surgen en Centro Europa y que pasan a Castilla, es Aragón con sus estados dependientes de Cataluña y Mallorca, es muy probable que el ideal de cruzada haya penetrado a través de estas regiones. Cuanto más que, en opinión de Sugranyes, Aragón dirigía una serie de expediciones guerreras, con carácter de verdaderas cruzadas, contra la Noráfrica musulmana, lo que constituía un *«anacronismo a comienzos del siglo XIV»*, en una Europa que se veía fatigada de estas expediciones tan alejadas de sus fronteras. Por lo que se deduce que este reino español aún vibraba con este antiguo ideal.

Estos antecedentes justifican iniciar este análisis estudiando el pensamiento de Ramón Llull, ese hijo de Mallorca, llamado el *«docteur de missions»*, en palabras de Sugranyes. En efecto, en su calidad de hijo de esta tierra hispánica y por la popularidad de su fecunda producción literaria, Llull se constituyó en el vehículo comunicador de los ideales entre la Cristiandad europea y la Hispania cristiana, pues se movía en los centros intelectuales y de poder más importantes en los finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV.

Pues bien, ¿hasta qué punto el ideal cruzado es asumido por este misionero teórico y práctico, y el más notable conocedor del mundo musulmán? ¿Logró asociarlo a sus audaces ideas en pro de la misión?.

l
l
l
s
C
C
—
23
24
25

Aparentemente surgen ideas contradictorias. Veámoslo: En el Blanquerna no duda en renegar de la guerra santa, sea cristiana o musulmana, atribuyendo los fracasos de las Cruzadas a Dios mismo que desaprueba la fuerza. Y tal vez para hacer más convincente esta idea la pone en los labios del Sultán de Babilonia quien la transmite al Papa Blanquerna²³. Será suficiente para que Llull comience a soñar llevado por sus ideales misionales: De inmediato el Papa tomará las medidas pertinentes para reiniciar la labor misional. Por lo tanto, la Cruzada aparece aquí como un obstáculo para el misionero, el que no puede ejercer su pacífica misión al estilo de los Apóstoles²⁴.

Sin embargo, en reiteradas ocasiones aboga ante las autoridades pertinentes, tanto eclesiásticas como regias, por una expedición militar en contra de los infieles. ¿Qué le habrá pasado?. Desde luego hay un hecho evidente: Los misioneros encontraban obstáculos insuperables en su camino, pues los sarracenos rechazaban violentamente la predicación del Evangelio, y sus sabios resistían a su método, pues las «razones necesarias» por él propiciadas como eficaces, no parecían convencerlos. Esa realidad le obligaría a revisar sus primeras posturas y a considerar la cruzada como elemento eficaz para despejar esos obstáculos.

¿Qué es lo que dice?: De partida, se pone en el caso de que a los misioneros no se les reciba ni se les deje predicar. En su obra alegórica Blanquerna sostiene: ***«En cierta provincia sucedió que aquellos bienaventurados devotos (misioneros enviados por el Papa) que iban a predicar la palabra de Dios a los infieles no fueron de ellos oídos, sino que los echaron de aquella tierra. En vista de esto, el cardenal... recurrió al brazo secular, y trató con los príncipes cristianos y con el Papa que a fuerza de armas fuesen invadidos todos aquellos príncipes que no permiten entrar ni detenerse en sus dominios a los devotos y sabios cristianos que les irían a predicar la palabra de Dios, y que la Iglesia nunca hiciese treguas con ningún príncipe ni dominio de infieles que impidiese la predicación de los cristianos y enseñanza de la verdad de la santa fe católica»***²⁵.

Es el hombre medieval que aparece en esta idea, pero dentro de características muy especiales, pues la Cruzada tiene por fin, en este caso, permitir a la Iglesia cumplir con su misión de evangelizar a los

²³ Sugranyes, L' Apologétique... p. 379.

²⁴ Lullio, Blanquerna..., cap. 8, par. 1, p. 403-404, BAC, Obras Literarias.

²⁵ Esta misma idea se repetirá en el Libro de las Contemplaciones, influido por los fracasos de las cruzadas en opinión de Rumeu de Armas («los problemas derivados del contacto de razas en los albores del Renacimiento», p. 71)

infiel y no de destruirlos. Aparece también la recurrencia al Papa como poder definitorio junto a los príncipes cristianos. Pero lo más sugerente, es ese sentido de cruzada al servicio de la predicación, pues acaso no nos trasladamos insensiblemente a la problemática que conmueve los espíritus salmanticenses y americanos del siglo XVI, en que se busca colocar la fuerza militar como instrumento para abrir espacios al Evangelio?

Ciertamente la idea misional surge como la máxima aspiración en toda su obra, de modo que cualquier otro tema será instrumentalizado por ella. Eso pasa también con la idea de cruzada. En efecto, su obra más importante en el tema de la cruzada es el *«Liber de Fine»*. Allí sostiene que bastan dos espadas para aniquilar al Islam y reconquistar Tierra Santa: la espada espiritual de la persuasión, para lograr la cual había que fundar 4 colegios de lenguas orientales (árabe, griego, hebreo y tartárico), y la espada temporal con la cual se dominaría a los tiranos del Santo Sepulcro²⁶.

Lo mismo, pero con matices diferentes, sostiene en su opúsculo, *«Quomodo Terra Sancta recuperari potest»*: Luego de una serie de consejos de táctica militar para la mejor ocupación y liberación de Tierra Santa, Llull concluye con una idea que refleja su verdadera mentalidad.

En efecto, conecta la Cruzada con la conversión de los infieles al suplicar a la Curia papal que haga lo por él propuesto *«porque la Iglesia haría lo debido y lo suyo, Dios daría su gracia y bendición en dicho negocio, y volvería el modo y la devoción por la cual la Iglesia fue exaltada por los santos mártires que por la efusión de su sangre convertían a los infieles al camino de la verdad»*²⁷. Dos ideales afloran aquí: la Cruzada como medio de conversión de los infieles y el martirio, el testimonio más elocuente que puede dar un cristiano y el más eficaz para tocar el corazón del infiel, como sucedía en la Iglesia primitiva.

En realidad Llull rinde tributo a las ideas que dominan en su tiempo y en el espacio geográfico donde se desenvolvió, y es por eso que no podría estar ajeno al ideal de Cruzada, tan fuerte en el reino aragonés. A decir verdad, es complacencia la que refleja su descripción de la entrevista entre el papa Clemente V y el monarca aragonés Jaime II en 1305 en Montpellier: *«En el monte Pessulano, dice, ofreció su persona, su dominio, su ejército y sus rentas para luchar contra*

²⁶ Goñi, O.C., p. 255.

²⁷ Opera Latina, Mallorca (1954), p. 98.

los Sarracenos todo el tiempo que complaciera al Papa y a los Cardenales, y de esto estoy seguro, porque yo estaba allí²⁸. No podría sino producirle alegría, que luego de tantos años de lucha, golpeando puertas palaciegas en busca de apoyo a sus ideas, apareciera un rey, su soberano, apoyando en forma tan decidida la cruzada.

Posiblemente ese hecho volvió a darle bríos para continuar en la búsqueda de apoyos, pues en 1312 cultivaba la amistad de Sancho I, nuevo rey de Mallorca, y del rey de Sicilia, a quienes les ofrecía libros que según él, les serían útiles para la cruzada que se preparaba²⁹. Y es por eso que presentaría por esa misma fecha un memorial más, pero esta vez al V Concilio Ecuménico de Vienne en el que propiciaba, entre otras cosas la **«Fusión de las Ordenes militares para llevar a feliz término la conquista de Tierra Santa, partiendo de Constantinopla y España»**³⁰. Está pues muy clara su opción por la cruzada, pero en el bien entendido, como lo dijéramos antes, de que se trataba de un objetivo condicionado a la conversión del infiel por métodos persuasivos. La Cruzada pues no era un fin perseguido como punto central de sus ideas, sino que el objetivo es siempre la misión, la predicación y la libre discusión con el infiel. Es decir, la cruzada ofrece al misionero las facilidades para penetrar en tierras de infieles y asegurar a la Iglesia el cumplimiento de su máxima misión. La liberación de Tierra Santa no refleja el mismo ideal místico del siglo XII, sino que aparece como una ocasión para que la Iglesia se desprenda de sus muchas riquezas en pro de un bien superior como es el crear las condiciones para el cumplimiento de su misión de convertir a los infieles. Desde luego, tal empresa es asunto de toda la Cristiandad, y es por eso, que para Llull, quien debe dirigirla es la Santa Sede, la que dispone de jurisdicción universal, y ha recibido la misión de convertir al mundo entero³¹.

Cabría preguntarse ahora ¿esta mentalidad de Cruzada, así concebida, logró penetrar en el resto del ámbito hispano, especialmente castellano, tan particular en su fisonomía histórica?

Es el momento de averiguarlo: La lucha multiseccular contra los moros creó una mentalidad de guerra santa, que para Goñi Gaztambide está presente desde los primeros momentos, rechazando por tanto la interpretación **«Laica»** que le atribuye móviles como el botín o la

²⁸ Llull. Disputatio Raymundi et Hamar Sarraceni, Edición Maguntina, T. IV, p. 47, en Tusquets, Ramón Llull..., p. 136.

²⁹ Tusquets, Ramón Llull... p. 136.

³⁰ Petitio Raymundi in Concilio Generali ad acquirendam Terram Sanctam, Edición H. Wieruszowski, en Tusquets, Id, p. 139.

³¹ Sugranyes, Ramón Llull. Docteur des Missions, p. 19.

expansión territorial³². Y da como una de sus razones el enorme influjo de la Iglesia, trayendo en su apoyo a Sánchez Albornoz: «**La Corona y el pueblo, las dos fuerzas básicas de la sociedad española medieval, fueron gobernadas por una minoría... pero por una minoría eclesiástica**»³³. En efecto, la Iglesia había impregnado a toda la sociedad española de su espíritu religioso, en todas sus expresiones, en las que entraría, claro está, la actividad bélica contra el Islam. No se puede descartar el afán de Reconquista, pero también suponemos la existencia del espíritu de Cruzada, posiblemente vinculado con la expansión del Cristianismo.

Que la idea de Cruzada existió en la Península durante estos siglos bajomedievales parece evidente a la luz de la documentación de la época, que coincide, en muchos de sus elementos, con la cruzada general que ya hemos estudiado, no faltando la intervención protagónica del Papado a través de las infaltables bulas de cruzada que entregaban los mismos privilegios que favorecían a los cruzados de ultramar. Tampoco faltarían los predicadores de cruzada nombrados por el Pontífice para reclutar tropas y diezmos. Y una serie de elementos más que son los que definen el concepto de Cruzada³⁴.

Pero lo que a nosotros nos interesa averiguar fundamentalmente es en qué medida está presente el interés evangelizador en estas empresas, que se desarrollan a lo largo de estos siglos XIV y XV en España.

Si siguiéramos a Fliche Martín «... **no se podrá pensar en la evangelización de aquellos árabes invasores (de España); la mentalidad cristiana de entonces con relación a ellos, más que evangelización, era de total aniquilación. Eran los enemigos netos del pensamiento cristiano**»³⁵.

Eso es cierto, había una enemistad ancestral, que está refrendada por la documentación oficial. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar esa expresión tan socorrida «**ad exaltandam fidem catholicam**». ¿Qué sentido debemos darle? ¿Se trata de una exaltación que se agota en el triunfo guerrero y en su ulterior adquisición territorial, sin que entre para nada la conversión del infiel?. Estimamos que se busca algo más, que en esa redención territorial está incluida su población, la que bajo la presión armada terminaría por doblegarse a aceptar la fe cristiana. Sin duda que la idea de guerra santa y de Reconquista son tan fuertes en esta etapa de

³² Goñi, Historia de la Bula de Cruzada en España, p. 39.

³³ Sánchez Albornoz, España y el Islam, en Revista de Occidente, Nº 24, 1929, p. 22-23.

³⁴ Villey, Croisade... p. 245.

³⁵ Fliche Martin, Historia de la Iglesia, Tomo 29, p. 41-42.

la historia hispánica, que obnubilan otros conceptos dejados en la penumbra, pero que no desaparecen: Los reyes y sus vasallos estaban convencidos que combatían por Dios y que defendían a la Iglesia y a la Cristiandad y que aumentaban el culto divino³⁶, es decir que extendían el reino de Dios. Esa es la impresión que nos deja la carta del rey Fernando IV de Castilla, luego de llegar a un acuerdo con el rey aragonés para la conquista de Granada, fechada el 19 de Diciembre de 1308: «... **cobdiciando servir a Dios e seguir la carrera de nuestros antepasados e que la fe de Nuestro Señor Jesucristo sea ensalzada por nos a qui El mucha merced ha fecho e face cada día...**». Se buscaba pues la exaltación de la fe católica y se tenía certeza que se contaba para ello con la asistencia de la Divinidad. Claro que se buscaba expulsar a los increyentes, como afirmará el rey posteriormente, pero creemos entender que en ese concepto de increyente no involucraba a toda la población, sino a aquellos recalcitrantes que ante los requerimientos de aceptar la fe católica, estaban por el rechazo. Sin duda que no resulta fácil en este siglo XIV encontrar el ideal de la evangelización del infiel musulmán, sino más bien elementos de espiritualidad evangélica que adornan a esta empresa armada, como se deja ver en el pensamiento del infante don Juan Manuel, quien nos dice: «... **las maneras con que los cristianos... deben poner toda su confianza en Dios... que vayan muy bien confesados... aparejados por recibir martirio et muerte, por defender et ensalzar la sancta fe católica...**»³⁷. Es sorprendente a simple vista cómo mezcla el afán de matar como cruzado con el afán de morir como mártir, pero corresponde a la manera de pensar de la época, bajo la fuerte influencia de la corriente lulista que recorría la Hispania. Pues bien, como la mentalidad de Ramón Llull no se concibe sin el afán por la conversión del infiel, creemos que en el pensamiento del Infante debe estar presente también este ideal.

Para conocer este siglo XIV conviene mencionar la exaltación religiosa mostrada en 1394 por Martín Yáñez de Barbuda, maestre de Alcántara, quien al mando de las tropas de su Orden enfiló hacia Granada para demostrar que « **la fe de Jesu Christo era sancta e buena e que la fe de Mahomad era falsa e mintrosa** ». En el camino se le uniría el bajo pueblo cordobés en busca del milagro, que ya anhelara Pierre l'Ermite a finales del siglo XI: la victoria sólo con las armas de la fe, pues « **con la fe de Jesu Christo imos, «decian ellos,» que él fiaba por Dios o por su sancta pasión que El mostraría milagro, e le daría buena victoria contra los moros, renegados de**

³⁶ Rumeu de Armas, Los problemas..., p. 68.

³⁷ Libro de los Estados, 51, 323-324, BAE.

la fe»³⁸. En este pasaje se descubre la profunda fe religiosa de estos castellanos, que rechazaba toda prudencia humana para confiar sólo en el brazo divino. Este hecho es sintomático pues sugiere cual era el espíritu que animaba a la gente de esa época y cómo vibraba con el ideal cruzado.

3.- EN EL ÚLTIMO SIGLO MEDIEVAL.

En el siglo XV la idea de cruzada entra y prospera como en sus mejores tiempos. Witte, que ha estudiado las bulas otorgadas a los portugueses en ese siglo, tan convencido está de esto, que replica a Rousset, sostenedor de este ideal sólo para la primera cruzada, diciendo: **«No hay quizás ni un solo elemento que este autor atribuye a la idea de cruzada en estado puro que no se encuentre, en el hecho, en la cruzada del siglo XV»**³⁹.

Pues bien, había razones para vibrar con la cruzada, pues los Turcos, desde la segunda mitad del siglo XIV, habían invadido los Balcanes, humillado a los imperios búlgaro y serbio, atacaban Grecia, Albania, Bosnia y Valaquia y dejaban a Constantinopla como capital sin territorio⁴⁰.

Por lo demás, no se puede olvidar que el Islam abarcaba todo el Norte de Africa para terminar enquistado en el extremo Sur de la Península. Es esa realidad la que impresiona a Leturia cuando visualiza al mundo musulmán como una enorme tenaza que abarcaba desde el Danubio hasta Granada, cerrándose paulatinamente sobre la Cristiandad⁴¹. Ciertamente que, desde esta perspectiva, la cruzada surgía como una necesidad imperiosa, lo que explica la enérgica reacción de los Papas de la época. Esto se descubre a través de las bulas, algunas de las cuales revelan que los príncipes peninsulares también compartían la inquietud. **En la Rex regum de 1436, Eugenio IV (1431-1447) refleja verdadero entusiasmo al saber de los proyectos de don Duarte, rey de Portugal: Comienza calificándolo de luchador por la fe, pues se propone con poderoso ejército luchar contra los sarracenos y liberar las tierras al culto de la verdadera fe del poder de esos infieles, agregando a la Cristiandad todos esos reinos»**⁴². Es tal el

³⁸ Este hecho es traído por Ladero Quezada, en Granada, Historia de un país islámico (1232-1571), 1989, p. 214-215.

³⁹ Witte, Les bulles pontificales et..., Revue d'histoire ecclésiastique, 1958, N° 53, p. 461.

⁴⁰ Witte, Idem, p. 446.

⁴¹ Leturia, La Santa Sede e Hispanoamérica, Estudio 6: Las grandes Bulas, p. 177.

⁴² Eugenio III, Bula de 1432.

entusiasmo que el Pontífice muestra frente a estos planes del rey portugués que deja sorprendido al abad Gomes, embajador de Portugal, en una entrevista que le concede. Al dar cuenta al rey de su gestión, le comenta que el Papa mostraba un deseo *«incredibile»*, expresado *«diu atque multum»*, por la conformación de una gran flota que liberara Jerusalén, arrojara los crueles pueblos que la ocupaban y los redujera a la verdadera religión. Para lo cual deseaba *«ardenter»* que uno de los hermanos del rey con las naves reales llevara a cabo obra tan digna⁴³. Ciertamente que la impresión que deja Eugenio IV en el embajador Gomes es elocuente: Por las expresiones usadas el Papa está plenamente convencido del ideal cruzado, el que aparece en su más pura expresión con la liberación de la ciudad santa como meta y la expansión del culto cristiano como resultado final.

Otro de los papas resuelto a frenar el avance de los seguidores de Mahoma que amenazaban a toda la Cristiandad, fue Pío II, el que trataba de insuflar esa misma decisión en los príncipes, entre los cuales se contaba el rey castellano. A éste dirige un mensaje en 1458 en el que lo invitaba personalmente a la Cruzada oriental, presentándole como ejemplo la determinación del duque de Borgoña y del Duque de Venecia y diciéndole textualmente *«...te exhortamos a que no nos abandones, sino que muestres en esta obra tan santa tu nobleza de espíritu y la gloria de tu reino...»*⁴⁴. Ciertamente lo está invitando con ahinco a una empresa santa, lo que sugiere la idea de cruzada y que añade a los otros elementos distintivos que se evidencian en ella, como el protagonismo papal, la convocatoria a través de una bula, la preparación espiritual de los combatientes, la lucha contra el infiel y la exaltación de la fe católica. Pues bien, esta exhortación papal logró entusiasmar a los castellanos, creando un ambiente favorable a la cruzada, como lo demuestra el ofrecimiento del cabildo de Burgos de armar una carabela, y la de varios monasterios que contribuyeron a los gastos⁴⁵. Ese mismo espíritu hará exclamar a Rodrigo Sánchez de Arévalo en carta al cardenal de Borja: *« O ingenios tenebrosos de los mortales de siniestras pasiones: los príncipes católicos ven el general incendio de sus reinos preparado por los infieles que cada día están concertando. Observan el naufragio de todos los fieles, pero ellos discuten no*

⁴³ Witte, *Les bulles portugaises...* p. 445

⁴⁴ Eloy Benito Ruano, Granada o Constantinopla, p. 17. Este mensaje se escribió en Roma, 5 de Octubre de 1458.

⁴⁵ Eloy Benito Ruano, Granada o Constantinopla, p. 22.

sobre su salvación sino, como dice el Turco sarcásticamente, sobre su poder»⁴⁶. No cabe duda que en esta recriminación está latente el espíritu de cruzada que ha sido incentivado por el jefe de la cristiandad, quien una vez más, ha sido el protagonista en la lucha contra el infiel.

En lo que toca al papel desempeñado por los Papas frente a la ofensiva contra Granada, se puede adelantar que fue abiertamente incentivadora, opinión que surge de la lectura de las numerosas bulas otorgadas a los Reyes Católicos, entre las que destaca la de Sixto IV escrita en 1482, que según Goñi⁴⁷ se constituyó en modelo de las restantes.

Esta bula favorecía no sólo con la indulgencia de cruzada, sino que, involucrando a todos los súbditos con sus exhortaciones, les favorecía también con ventajas espirituales, como al que no pudiendo tomar la cruz, contribuía con su dinero. A su vez, a los cruzados y capellanes se les concedían también privilegios especiales que los liberaban de algunas obligaciones espirituales, con todo lo cual se fomentaba el éxito de la cruzada.

Dos años después el mismo Sixto IV promulgaba la paz, prohibiendo cualquier perturbación a la lucha contra Granada y regalaba como estandarte para la cruzada un hermoso crucifijo de plata a los Reyes Católicos⁴⁸. Todo esto alentó el espíritu de lucha en todos los ámbitos de la Península, de modo que en los pulpitos se incitaba a la guerra santa, y llegó también al resto de la Cristiandad, pues cientos de cruzados de Francia, Alemania, Inglaterra, Polonia y Suiza acudían a luchar contra el infiel⁴⁹.

Más tarde, el 23 de Agosto de 1486, Inocencio VIII dirigía también una bula a los **«intrépidos atletas de Cristo»** en incesante lucha contra los infieles sarracenos de Granada a los que prometía ayuda porque **«como príncipes católicos y especiales celadores de la fe ortodoxa, luchando sin descanso contra los citados infieles arrebataron de sus manos muchas ciudades y lugares de dicho reino y los**

⁴⁶ Pastor, IV, p. 167. Este Rodrigo Sánchez de Arévalo era embajador de Enrique IV de Castilla ante la Corte romana.

⁴⁷ Goñi, La Santa Sede... p. 47.

⁴⁸ Andrés Bernáldez, Crónica de los Reyes Católicos, cap. 87, BAE, 70, 632.

⁴⁹ Ladero, Castilla y la Conquista del reino de Granada, 220-223. Walsh, W.T., Isabel de España, 3ª edición, Santander, 1939, p. 309.

redujeron a su poder esperando con la ayuda divina conquistar todo el reino y someterlo a su dominio, y con extraordinaria devoción desean por la Gloria de Dios que el culto divino tenga vigencia en dichas tierras y florezca en los lugares conquistados y por conquistar de manos de los sarracenos, en dichos reinos y en las islas Canarias, puedan erigir monasterios e iglesias para que por el ejemplo y predicación de los religiosos de dichos monasterios fieles a Cristo sean convertidos e instruidos a la fe cristiana los habitantes del reino de Granada, tras abandonar el mahometano error»⁵⁰.

Esta referencia resulta interesante porque además de las ideas que suelen repetirse en esta clase de documentos aparecen otras expresiones que involucran una clara postura apostólica, como la última idea que incluye a Canarias junto a Granada, y en la que sugiere la fundación de conventos e iglesias cuyos religiosos deberían convertir a sus habitantes con la predicación y el ejemplo, rescatándolas de las redes del Islam. Sin duda se refleja aquí la instrumentalización del ideal de cruzada al servicio de la causa evangélica de la conversión.

La misma convicción y con más fuerza aún, refleja una bula de diciembre del mismo año, fundamentando los favores concedidos a los R.R.C.C. en ***«el aumento de la religión cristiana y la salvación de las almas y naciones bárbaras»*** porque el Papa desea ***«servientemente su conversión»***⁵¹.

Todo esto refleja el ideal de la conversión del infiel a través del rescate de los territorios en su poder, pues esos favores se concedían en pro de la cruzada contra los moros⁵².

Junto a este apoyo romano sobresalía también la voluntad decidida de los Reyes tanto aragoneses como castellanos, como lo demuestran diversas bulas que autorizaban su participación y removían los obstáculos legales que la dificultaban. Prueba de ello es la bula de Nicolás V del 7 de Abril de 1449, obtenida por el arzobispo de Sevilla, quien se ha comprometido en lucha abierta contra los moros que arrasan los campos

⁵⁰ Bula de Inocencio VIII del 23/8/1486, en Garrido, Organización..., p. 265.

⁵¹ Bula de Inocencio VIII del 13/12/1486, en Garrido, Organización..., Apéndice, p. 262.

⁵² Esta postura papal contradice la acusación de Lucio Marineo Sículo censurando a reyes y papas por su negligencia frente a la ocupación mora del sur de España. (De rebus Hispaniae, L. XX, 1ª edición en 1530). Por lo menos, los papas demostraron su constante preocupación que se evidencia a través de tantas bulas de cruzada en pro de la lucha contra el moro.

de su arquidiócesis. En ella Nicolás V autoriza **«a los presbíteros y a los revestidos de órdenes sagradas y a otras personas eclesiásticas tanto seculares como regulares de cualquier orden mendicante...»**⁵³ tomar parte en la lucha. Es un permiso muy amplio en el que se incluye no sólo a los presbíteros sino también a diáconos y subdiáconos en su condición de ordenados in sacris, y no solo al clero secular sino también al que está sujeto a una regla, como es el caso de los mendicantes a quienes se refiere expresamente, quizás por su crecido número.

En una visión muy rápida del clima existente en Aragón en este siglo, podemos afirmar que los antecesores de Fernando el Católico vibraban con el ideal cruzado, con tanta mayor fuerza en cuanto que su tendencia histórica era volver sus ojos hacia el Oriente, como lo demostrara, a manera de ejemplo, Jaime II en el siglo anterior, cuando presentó al Concilio de Vienne (1311) un proyecto de cruzada que pretendía aunar la cruzada regional con la oriental, pues procuraba favorecer la conquista de Granada, para dejar el camino expedito y continuar con el norte de Africa, Egipto y Tierra Santa, siguiendo el camino inverso al seguido por los árabes siglos atrás⁵⁴.

Ese mismo espíritu mueve a estos reyes a lo largo del siglo XV, cuyo principal exponente es Alfonso V, quien se sentía designado por la Providencia para defender la Cristiandad del poder turco que acababa de adueñarse de Constantinopla. Como primer paso, incentivaba al papa Nicolás V a publicar una bula de cruzada el 30 de Septiembre de 1453 contra el **«el muy cruel perseguidor, hijo de Satanás, hijo de perdición, hijo de muerte...Mahomet...el Anticristo...para la recuperación de la noble ciudad de Constantino... masacrada por el muy cruel rey de los turcos, con gran dolor de todos los fieles de Cristo»**⁵⁵. Estos duros epítetos justificaban la petición, la que se hacía extensiva a todos los cristianos para organizarse y luchar contra el Turco hasta vencerlo.

A su vez, este rey enviaba una carta-desafío a Mahomet en la que echa en cara al Sultán su comportamiento con la ciudad de Constantinopla, le describe parte de la fe cristiana en un claro indicio de que no desdeñaba el propósito de convertirlo, y luego lo amenaza con un

⁵³ Nicolás V, Bula del 7 Abril de 1449, en Goñi, o.c., p.648, Apéndice documental, Doc. 6.

⁵⁴ Goñi, o.c., p. 279.

⁵⁵ Sobreques, Santiago, «Sobre el ideal de Cruzada de Alfonso de Aragón», p. 237.

castigo ejemplar por sus crímenes: «... y en aquella hora le dice, se verá el poder de mi Dios y de tu profeta al que llamas Maffumet, y de todos aquellos que razonan en tu secta, que será hecha tal ejecución que en adelante nada se encuentre de ellos ni se vea, como del humo después del viento. Y porque tal es la voluntad de Dios, hemos jurado... cumplirlo»⁵⁶. Ciertamente que en estas expresiones aparece un cúmulo de ideas y sentimientos, como el ideal de cruzada, el espíritu caballeresco del señor medieval, el afán proselitista y el carácter apocalíptico de sus amenazas.

Que sus aspiraciones por Tierra Santa eran auténticas, lo demuestra su determinación de abdicar secretamente en 1477, porque quería, en palabras de Witte: «*dejar este mundo y sus discordias y dirigirse, sin ser reconocido, a Jerusalén con la intención de servir a Dios allí*»⁵⁷. Seguramente quería profesar como fraile franciscano en el convento del Monte Sion. La crisis de su alma descorazonada por no poder lograr su propósito transformaba su real afán de cruzada en un ideal místico que le hacía aspirar a pasar sus últimos días en la Ciudad Santa. En pocos reyes hispánicos prendió con más fuerza este ideal, pero mezclado con elementos escatológicos, presentes desde antiguo en la mentalidad aragonesa, sin excluir a la familia real⁵⁸.

Por su parte, el reino castellano había seguido un camino diferente, pese a tener al enemigo musulmán en sus fronteras. En efecto, la crisis política en la que se vio envuelto durante el siglo XIV y gran parte del siglo XV, le impidió proseguir la reconquista del reino granadino, contentándose con escaramuzas esporádicas que le permitían obtener muy rentables bulas de cruzada y mantener con vida, más bien endémica, este ideal multiseccular. Indicio de esta realidad es la cruzada de mediados del siglo XV, organizada por el arzobispo de Sevilla, que ya hemos mencionado. Lo mismo dígame de las intenciones de Juan II, quien obtuvo de Nicolás V, so pretexto de la «*exaltación del nombre divino*» y el «*aumento de la fe ortodoxa*», la bula del 30 de Mayo de 1448⁵⁹, pero sin emprender ninguna acción decisiva que trasluciera un verdadero interés por reconquistar el territorio musulmán. Más tarde, Enrique IV no lo haría mejor, pues con mucha astucia describía sus

⁵⁶ Idem.

⁵⁷ Witte, Les bulles portugaises..., Nº 53, p. 27. citando a De Pina.

⁵⁸ Pou. Visionarios...372. Uno de los más connotados fue Fr. Pedro de Aragón, de finales del siglo XIII, quien anunciaba la liberación de Tierra Santa, y de inmediato, el fin del mundo.

⁵⁹ Goñi, La Bula de Cruzada..., p. 350.

hazañas guerreras al papa Calixto III, que sólo existieron en su imaginación, para lograr el mismo objetivo financiero. Pero los papas de la época o no captaban la simulación o era tan grande el anhelo que los animaba de encontrar un príncipe cristiano que los apoyara en sus aspiraciones en un momento tan crítico para la Cristiandad amenazada por el poder turco dueño ya de Constantinopla, que hacían fe en la autenticidad del ideal cruzado por parte del rey castellano. En efecto, a menudo manifiesta el rey este propósito, como lo dice en 1455 en su Crónica: quiere hacer la guerra a los moros, ya que Dios le ha dado **«tan gran poder y cuerpo tan dispuesto para travaxar, y tantos tesoros cuantos tenía, e voluntad tan grande»** para ello⁶⁰. Estas palabras, más sus primeros intentos de avance hacia el Sur, harían que Calixto III le considerara **«el mejor de todos los Reyes que entonces reynaban en la Cristiandad»** y como premio a su esfuerzo le enviara un sombrero y una espada⁶¹. Pero, ¿estaba realmente imbuido de este ideal?. A decir verdad, el afán de hacer resaltar sus **«hazañas»** en contra del infiel para lograr los beneficios financieros de la bula, y sobre todo los preparativos de expediciones guerreras que no cristalizaban en enfrentamientos ni en victorias decisivas, dejan entrever un ideal más aparente que real.

Había que esperar la llegada de los Reyes Católicos para que el ideal tomara cuerpo y dinamismo, aparejado al objetivo real de reconquistar el reino granadino. Para ello era necesario el apoyo pontificio, por lo cual solicitaron a Sixto IV una bula de cruzada, siéndoles concedida la **«Orthodoxae fidei»** del 10 de Agosto de 1482, que resultó siendo modélica para esta clase de documentos, puesto que junto con exhortarlos a luchar contra los sarracenos, aseguraba ventajas espirituales a los combatientes y contribuyentes, a la par que económicas a los reyes. Este documento más la decidida voluntad real, determinaron el surgimiento de un auténtico espíritu de cruzada que se propagaba a través de los pulpitos de Castilla, Aragón, Sicilia y Cerdeña y que luego prendería en la Europa cristiana, pues **«millares de cruzados de Francia, Alemania, Inglaterra, Irlanda, Polonia y sobre todo Suiza vinieron a pelear bajo el estandarte plateado de la Santa Cruz»**⁶². Este entusiasmo recorrió a la Península con suficiente fuerza como para autoconvencerse los españoles de que Dios, María y Santiago bendecían con sus prodigios

⁶⁰ Crónica de Enrique IV, Tomo I, Madrid, 1904, p. 163.

⁶¹ Crónica de Enrique IV, ed. Torres Fontes, Murcia, 1946.

⁶² Crónica de Enrique IV, ed. Torres Fontes, cap. XV, p. 108.

a la cruzada en su lucha contra el infiel, como lo habían hecho a lo largo de la reconquista. Bastará señalar la razón que se da del triunfo habido en 1407 en una razzia de los cristianos contra los moros muy superiores en número, que había sido porque **«Dios había embiado socorro a los cristianos, y el apóstol Santiago les había venido ayudar»**⁶³. Pues bien, podemos suponer que a finales de siglo esta convicción no había cambiado, si apreciamos las palabras del biógrafo de Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, luego de sus victorias y conquistas. En efecto, éste las atribuye a la protección de la Virgen, la cual **le habría dicho «sepas por cierto que mi amado hijo Jesucristo e yo, avemos rescebido tu oración, y por ser fecha tan continua y con tan limpio deseo de corazón, te otorgamos que en todas cuantas batallas de moros te hallares seras vencedor!»**⁶⁴ ¡Qué duda podría caber del carácter sagrado de una guerra que estaba apoyada tan directamente por el cielo!

Fuertes impulsores de la cruzada fueron, sin duda, los Reyes Católicos: Buscaban con determinación resolver el problema moro, y para ello no escatimaban esfuerzo para convencer al Papado de la honestidad de sus propósitos, para así contar con el codiciado diezmo otorgado mediante la bula de Cruzada que sólo el pontífice podía conceder. Más aún, presentaban la campaña de Granada como un anticipo de futuras conquistas en Noráfrica y Egipto hasta la **«recuperación de la Casa Santa de Jerusalén»**. Y como una demostración del interés por Tierra Santa, sus donaciones ayudaban a sostener la fundación franciscana establecida allí y sus embajadas intercedían por esta obra ante el sultán de Egipto⁶⁵.

Pero más allá del interés económico, sobresale en la documentación oficial el espíritu de cruzada. Es lo que se evidencia, por ejemplo, en el Decreto de Erección de la Iglesia Metropolitana de Granada expedido por el Cardenal Pedro González de Mendoza, una vez tomada la ciudad. Allí se afirma que la ciudad fue conquistada **«con el auxilio divino milagrosamente»** y gracias a eso se expulsó **«la pérfida seta»**, lo que le da características de cruzada. Y más adelante añadirá que con esta conquista fue restituida **«la Católica Fe»** en ese territorio y fue entregado **«a los Fieles de Christo»** los cuales han procurado **«amparar**

⁶³ Ladero, Granada..., 3ª ed., p. 213-214.

⁶⁴ Ladero, Granada..., 3ª ed., p. 214.

⁶⁵ Ladero, Los Reyes Católicos: La Corona y la Unidad de España, p. 266.

y propagar la Fe Católica, de la qual son tan zelosos y observantes para restituir todo ***«al verdadero culto de Christiana Religión...»***⁶⁶. Todas estas expresiones reflejan la preocupación por la conversión de la población aborigen, aunque expresamente no se diga. No se entiende la propagación de la fe católica sino a través de un trabajo proselitista, como efectivamente se dio, de acuerdo con los resultados obtenidos por la investigación efectuada por Antonio Garrido en su obra sobre la organización de la Iglesia granadina⁶⁷.

Cabe preguntarse ahora sobre la real dimensión del ideal de cruzada en el rey Fernando. Pues bien, todas las expresiones usadas por él en sus innumerables cartas tanto al Papa como a los reyes y otros dignatarios del reino, despejan, en alguna medida, la duda persistente sobre las verdaderas intenciones del monarca al promover la cruzada. Creemos que existe un marcado interés por obtener recursos pecuniarios a través de la bula de Cruzada, pero, dadas las reiteradas afirmaciones de que está involucrado en una guerra santa, que pretende rescatar el territorio granadino de manos de los infieles para ponerlo al servicio de la Cristiandad, se debe concluir que ese interés pecuniario está supeditado al gran ideal: la lucha contra el infiel. Cuando expresa su pensamiento a tantos personajes diferentes, cuando el destinatario de sus ideas es su propio hijo, ante el cual podía sincerarse, y expresa su convicción de que está empeñado en una empresa santa bendecida por Dios, pierde fuerza esa duda persistente sobre sus verdaderas intenciones en lo que respecta a su ideal cruzado.

Por otra parte, está presente también el propósito apostólico. Cuando son tantas y tan persistentes las expresiones sobre el acrecentamiento de la fe, la restitución del culto divino y la entrega del territorio al servicio del Señor, se está sugiriendo el propósito de realizar un gran esfuerzo proselitista en busca de la conversión masiva de la población. Es cierto que a veces se habla de la expulsión de los infieles, pero ello es entendible para el caso de aquellos que persistieran en sus antiguas creencias.

Del espíritu que anima a Isabel no hemos hablado, porque sus intenciones cruzadas son más diáfanas, sin sombras que las obnubilen, y que quedan claramente evidenciadas en su testamento. De todos

⁶⁶ Decreto de Erección de la Iglesia Metropolitana de Granada con fecha del 21 de Abril de 1492, en Garrido, Organización de la Iglesia de Granada y..., p. 269.

⁶⁷ Garrido Aranda, Organización de la Iglesia en el Reino de Granada y su proyección en Indias, C.S.I.C., Sevilla, 1979.

modos, en cada paso que se daba en pro de la guerra granadina, la mano de la Reina estaba presente. No llevaba el protagonismo porque los documentos, fundamentalmente cartas, son de carácter diplomático, y esta actividad era dirigida por Fernando, pero detrás de cada decisión de la guerra estaba presente la voluntad de la Reina, y más aún, en caso de diversidad de criterios entre los Reyes, primaba el suyo⁶⁸.

Otro personaje importante en lo que toca al ideal cruzado, es el Cardenal Jiménez de Cisneros. Confesor de la Reina y hombre de Estado, puso sus relevantes condiciones de estadista al servicio de la Reforma de la Iglesia castellana y de la expansión de la fe en tierras granadinas y norafricanas, pero a través de la conquista. En sus gestos y expresiones se nos aparece como el gran soñador que disfrutaba con la idea grandiosa de liberar Jerusalén luego de haber destruido la fuerza del Islam. Esta conclusión surge de la respuesta dada por el rey de Portugal a una invitación cursada por el Cardenal, no sólo a él, sino también al rey Inglés, para compartir esa gloria. De esta forma, mancomunados los tres reyes **«Pronto sería aniquilada la secta de Mahoma, los muslines sujetos a la fe cristiana y los tres reyes recibirían emocionados el cuerpo de Cristo de manos del Cardenal Cisneros en la santa casa de Jerusalén»**⁶⁹. De esta forma se cumpliría el ideal medieval del **«unum ovile et unus pastor»**. Por lo tanto, el proyecto no se circunscribía al Africa, que podría considerarse como prolongación de la Reconquista, sino a toda la cuenca mediterránea ocupada por los sarracenos, y debía culminar con una misa de los tres reyes emparentados, Fernando el Católico, Manuel de Portugal y Enrique de Inglaterra ante el sepulcro de Cristo⁷⁰.

El proyecto era grandioso, pero irrealizable pues aquellos que debían liderarlo eran más pragmáticos que idealistas, y más interesados en los asuntos muy materiales de sus propios reinos. Pero el Cardenal era un hombre de carácter que no cejaba fácilmente cuando estaba convencido de las bondades de un proyecto, sobre todo si ello involucraba la renuncia a uno de sus más caros ideales como era la cruzada. Por lo que combinando el cruzado idealista con el pragmático estadista, se entregó de lleno a la organización de una cruzada para

⁶⁸ Ladero, Granada..., p.252.

⁶⁹ Goñi, Historia de la Bula de Cruzada, p. 470.

⁷⁰ Bataillon, Erasmo y España... p. 52. Bataillon desarrolla esta idea y la combina con los posibles ideales mesiánicos del Cardenal.

liberar el norte africano de manos del infiel, como continuación de la reconquista peninsular. El rey Fernando no tuvo dudas en entregarle la dirección de la empresa, pese a ser ya septuagenario, porque reconocía su enorme capacidad de organización y su coraje⁷¹. En consecuencia, la cruzada norafricana fue fruto de su propio esfuerzo, pues fué él quien preparó la toma del importante puerto de Orán y sometió los reinos de Tremecén y de Túnez. Fué él quien acompañó a las tropas y las arengó: **« ¿Donde morirá mejor un obispo que luchando por la religión?. No sería yo el primero en conseguir esta gloria, pues muchos de mis antecesores en la sede de Toledo han encontrado una muerte bellísima peleando en el campo de batalla»**. Y luego, ante las vacilaciones del comandante en jefe Pedro Navarro, exclamará: **« En esta lucha descenden al combate Cristo, el Hijo del mismo Padre, y Mahoma el seductor de los moros. Considero toda vacilación no sólo dañosa, sino malvada. Por eso desecha todo temor y manda a tus soldados que luchen con el enemigo, porque yo tengo la firme esperanza de que reportarás hoy una victoria gloriosa»**. Y luego añadirá: **«Yo quiero tener parte en esta victoria, y seré el primero en el peligro, porque me sobra aliento para plantar en medio de las huestes enemigas esta cruz, estandarte real de los cristianos, que veis delante de mi, y me tendré por dichoso de pelear y morir entre vosotros, como muchos de mis predecesores lo han hecho»**⁷². Como se puede observar en estas expresiones, el ideal de cruzada empapa su alma. El quiere luchar, pero busca hacerlo por la religión. La muerte así recibida resulta ser una gloria. En esta lucha está involucrado Cristo mismo, y por lo tanto, la victoria está asegurada. Por lo demás, el estandarte que guía a los huestes cristianos es la cruz, símbolo de redención para los creyentes. Son todos elementos de una verdadera guerra de cruzada.

Luego de la victoria y como fruto de la misma, afloraría el pastor y el apóstol: Liberaría a los cautivos cristianos, transformaría los mezquitas en iglesias, fundaría sendos conventos para franciscanos y dominicos, y convertiría a muchos moros⁷³. Es decir que el afán proselitista no era descuidado en esta empresa, pero sí, supeditado a la conquista, como

⁷¹ Capitulación o asiento del 29 de diciembre de 1508, firmada por el Rey y el Cardenal, Archivo de Simancas, Contadurías, 1ª época, legajo 201, en Lafuente, Historia de España, Tomo 7, p. 270.

⁷² Gomez de Castro, Alvaro, De Rebus gestis, lib. IV; Bernaldez, Reyes Católicos, c. 218; Goñi, La Bula de Cruzada, p. 470; Lafuente, Historia de España, tomo 7, p. 277.

⁷³ Goñi, Historia de la Bula de Cruzada, p. 471.

ya se venía haciendo en las Indias.

El ideal de cruzada había adquirido pues nueva fuerza, luego de la toma de Granada. Es de suponer que eso mismo influyó en la determinación testamentaria de los Reyes Católicos: La reina Isabel ordenaba que no se dejara de luchar contra el infiel en defensa de la fe⁷⁴. Más tarde, lo haría Fernando, en los siguientes términos: **«Item, porque todos las virtudes sin la fe son nada, y por aquella nos salvamos, mandamos al ilustrísimo príncipe (don Carlos), nuestro nieto, muy estrechamente que sea siempre gran celador y defensor y ensalzador de nuestra fe católica, y ayude, defienda y favorezca a la Iglesia de Dios... Y siempre tenga muy gran celo a la destrucción de la secta mahomética; en cuanto buenamente pudiere, trabaje en hacer guerra a los moros, con que no la haga con destrucción y gran daño de sus súbditos y vasallos»**⁷⁵. La cruzada es presentada por don Fernando como una aspiración que entronca con la defensa y la exaltación de la fe católica, como dos ideales que se suponen el uno al otro. De este modo, el pragmático Fernando, que se mostró como tal hasta el último momento puesto que deseaba que la lucha se realizara con el menor daño posible para los cristianos, rindió su culto postrero al ideal cruzado que por otra parte impregnaba la atmósfera de su tiempo, y que penetraba, aunque debilitado, al siglo XVI. No es otra cosa lo que sugiere el Informe de Juan Valdés, redactado por orden del Consejo de la Real Cancillería, luego de la victoria de Pavía, en el cual se afirma: **«Parece que Dios milagrosamente ha dado esta victoria al Emperador para que pueda no solamente defender la cristiandad y resistir a la potencia del turco, si osara acometerla; más asesegadas estas guerras civiles (que así se deben llamar, pues son entre cristianos), ir a buscar los turcos y moros en sus tierras, y ensalzando nuestra santa fe católica, como sus pasados hicieron, cobrar el imperio de Constantinopla y la casa sancta de Jerusalén que, por nuestros pecados tiene ocupada. Para que como de muchos está profetizado, debajo deste cristianísimo príncipe todo el mundo reciba nuestra sancta fe católica, y se cumplan las palabras de nuestro Redemptor: «Fiet unum ovile et unus pastor»**⁷⁶. Los dos conceptos aparecen claramente expresados en

⁷⁴ Alba, Acerca de... 88.

⁷⁵ Texto del Testamento (22 Enero 1516), en Alonso de Santa Cruz, Crónica de los Reyes Católicos, ed. Mata Carriazo, Sevilla, 1951.

⁷⁶ Bataillon, Erasmo y España... p. 227.

este párrafo del cronista: En primer lugar, la aspiración multiseccular de ir a combatir al enemigo infiel liberando Jerusalén y de paso Constantinopla, que desde 1453 está en la mira de la Cristiandad: Las circunstancias están dadas, pues ha aparecido providencialmente un gran líder cristiano, Carlos, que en su cabeza ostenta tantas coronas, lo que en alguna forma satisface el anhelo, por siglos frustrado, de contar con la unidad necesaria para enfrentar al Islam. En segundo lugar, se le asocia el afán de la conversión, que cada vez con más fuerza está presente en la mente de los cristianos. La fuerza pues, es instrumentalizada al servicio de la fe: primero conquista y luego conversión, dos elementos que cada vez irán más asociados.

Pero adentrémonos finalmente en la zona atlántica, paso obligado para llegar a nuestra América. Estamos conscientes que cronológicamente nos desfazamos respecto al proceso conquistador de Granada, al colocar este tema aquí, pero lo hacemos en el bien entendido que la conquista de las Canarias nos acercan más a lo que será la conquista y evangelización de América.

Como es sabido el mundo cristiano estaba condicionado por la lucha multiseccular contra los musulmanes, a los que se ubicaba a todo lo largo del Cercano Oriente y en Africa del norte, más una zona indefinida de este mismo continente, que no podía ser delimitado por ser prácticamente desconocido para los occidentales del Bajo Medievo.

Este condicionamiento mental se traducía en una concepción más bien uniforme del infiel, que correspondía al concepto de musulmán: Un infiel que habiendo reconocido la revelación divina la rechazó y se transformó en enemigo del nombre cristiano. No era equivalente al infiel judío el cual, por estar sometido a algún príncipe cristiano, estaba bajo control, ni tampoco al infiel tolerante y asequible a la fe, pero inaccesible por lo lejano, pues estos tales eran más bien producto de la imaginación ya que no se les conocía. El resto, o eran musulmanes o influenciados por la «secta mahomética».

Esto permite entender la postura de la Cristiandad cuando se encuentra con estas tierras e islas atlánticas. Así resulta explicable el tono belicoso y dominante de las bulas papales, la violencia ejercida por portugueses y castellanos, y en definitiva, el espíritu de cruzada que impulsa las conquistas. No cabe duda que tras esta concepción estaba latente el concepto de un mundo bipolar, dividido en dos bloques antagónicos: el cristiano y el musulmán, que iría potenciándose a

medida que el Turco iba extendiendo sus tenazas por los Balcanes para estrangular a la Europa cristiana.

Pues bien, en la raíz de las concesiones papales se descubre esta concepción: cuando los portugueses acuden al papa para legitimar sus descubrimientos y conquistas los papas se apoyan en estos fundamentos para el otorgamiento de concesiones y privilegios. Tal es el caso de Nicolás V, quien al valorar la obra de Enrique el Navegante, dice: **«creyó que haría a Dios un gran servicio, abriendo a la navegación ese mar, hasta llegar a los indios, que según se dice-dan culto a Jesucristo; poniéndose en comunicación con ellos a fin de moverlos a venir en auxilio de los cristianos contra los sarracenos y demás enemigos de la fe; y sometiendo desde luego a algunos otros pueblos gentiles o paganos que habitan en las tierras intermedias y en gran manera están infeccionados de la nefandísima secta de Mahoma, predicándoles o haciéndoles predicar el sacratísimo y desconocido nombre de Jesús»**⁷⁷. En esta intervención papal se encuentran claramente expresados los dos elementos que interesa destacar en este trabajo: el espíritu de cruzada que aquí presenta proporciones universales, y la intencionalidad misionera, que según nuestro parecer, va cada vez mezclándose más con el ideal anterior, y que en esta bula es el tema central.

Al año siguiente, Calixto III insistirá en sus motivaciones cruzadas al entregar a los portugueses el dominio sobre **«todos los sarracenos, paganos y demás enemigos de Cristo»**, en el supuesto que esos territorios han sido o serán arrebatados **«de manibus sarazenorum...»**⁷⁸. Por lo tanto, esa donación estaría motivada por el viejo ideal de la cruzada, y fundamentada en las proporciones universales de tal confrontación. Frente a esta realidad nos dirá Calixto III: **«Esperamos que dentro de poco tiempo, si como lo pensamos, las potencias cristianas se animan y quieren seguirnos, se recuperará no sólo Constantinopla, sino que será liberada Europa, Asia y tierra santa...»**⁷⁹. Pues bien, la liberación de estas tierras sometidas al Islam, las dejaba sujetas al dominio temporal de los príncipes cristianos, en este caso de los portugueses, **«para defensa y aumento de la fe»**, lo que justificaba el otorgamiento de concesiones tanto temporales como

⁷⁷ Nicolás V, Bula *-Romanus Pontifex-* (8/1/1455).

⁷⁸ Calixto III, Bula *-Inter Caetera-* del 15/03/1456, en Raynaldus, X, 62.

⁷⁹ Calixto III, *Ibidem*, Raynaldus X, 82.

espirituales⁸⁰.

Por lo tanto, este espíritu de cruzada y de misión seguirá manteniéndose a lo largo de este siglo, a medida que los descubrimientos se multiplicaban, como será el caso de la conquista y conversión del archipiélago Canario.

Este esfuerzo conquistador fue iniciado en 1403 por Juan de Bethencourt y Gadifer de la Sale. Siguiendo la costumbre de la época, acudieron a la Santa Sede para obtener las facultades de ocupación por tratarse de tierra de infieles. Benedicto XIII, ansioso de ampliar las fronteras de su obediencia, se apresuró a otorgarle su apoyo, que se explicita en varias bulas expedidas ese mismo año⁸¹. ¿Cómo llegan a nosotros las diversas peripecias de esta conquista?. Básicamente, a través de *«Le Canarien»*, crónica escrita por los dos capellanes de la expedición Fray Pierre Bontier y el clérigo Jean de Verrier⁸².

Pues bien, este relato no está ajeno a la idea de Cruzada que tanto se aproxima en esta época al concepto de conquista. En esta Crónica se describe la visita que Bethencourt hace al Papa entregándole cartas del rey de Castilla. El Papa, luego de leerlas, le felicita porque *«habéis eliminado y traído sarracenos de esa región»*⁸³. Según el Papa su nombre debe ser destacado al lado de los otros reyes, ¿cuál es el fundamento de tal distinción?. El mérito que significa el haber eliminado y capturado sarracenos, elemento que no puede faltar en el concepto de cruzada. Pero no es el único factor que apoya tal distinción, sino que también la preocupación demostrada por este conquistador en expandir la fe en esas islas: *«El rey de España me escribe que habéis conquistado ciertas islas, las cuales al presente son cristianas, pues los has hecho bautizar a todos, por lo cual yo os quiero*

⁸⁰ Nicolás V, Bula *«Romanus Pontifex»* del 18 de Junio de 1452, en Leturia, Relaciones con Hispanoamérica... p. 180.

⁸¹ Zunzunegui, Los orígenes de las Misiones en las Islas Canarias, Apéndice documental, N°18 y 19. Hubo un intento anterior, el de Luis de la Cerda, pariente directo de Alfonso X. Despojado de sus derechos al trono de Castilla, se radicó en Francia. Desde allí logró la autorización del Papa para realizar la conquista de estas islas. Pero todo quedó a nivel de proyecto. Desde entonces quedaron expuestas a las ambiciones de piratas vascos, andaluces y portugueses y a los esfuerzos evangelizadores de catalanes y mallorquines. (Clemente VI, Carta a Luis de la Cerda, 13 Enero 1345, en Zunzunegui, Los orígenes de las Misiones en las Islas Canarias).

⁸² Wölfel, La Curia romana y la corona de España en defensa de los aborígenes canarios, en Anthropos, XXV, (1939), 1013. , Sostiene el autor que quien la escribió fue el franciscano Bontier y luego fue deformada por Verrier.

⁸³ Bontier..., Le Canarien, LXXXV, 15, en Serra, p. 345.

tener como hijo y como hijo de la Iglesia»⁸⁴. En realidad éste es el primer argumento que explicita el Papa, lo que indica la importancia que otorga al papel evangelizador del conquistador, como un antecedente de lo que en el siglo XVI resultará normal en el ámbito americano. Pero al mismo tiempo se sugiere una distinción en la categoría de infiel. Pareciera que ya distingue el Papa entre el infiel propiamente africano, al cual considera islamizado, y al infiel isleño, sujeto más asequible a la fe cristiana. Pero lo más rescatable de todo esto es que los conceptos de cruzada y evangelización cada vez se acercaban más.

Mientras tanto, la mentalidad de cruzada que dominaba el ambiente de la época, del cual los Pontífices eran protagonistas, y que empapaba el afán conquistador portugués en el oeste africano, influía también en el archipiélago canario. Sólo así se explica que Gregorio XII mirara la conquista de estas Islas como un **«puente de paso para Berbería y para Guinea hasta llegar al imperio del Preste Juan»⁸⁵**. La razón es porque los pueblos cercanos o **«intermedios»** de la costa africana son sentidos como aliados de los sarracenos: Lo dicen y lo repiten las bulas papales; **«Para luchar contra los sarracenos y otros infieles que afligen a los cristianos con insultos, cautiverios y muertes, en Africa y en otras partes vecinas»**, dirá Martín V en su bula **«Sane carissimus»** de 1418 y Eugenio IV en la **«Rex regum»** que inspirará la **«Cum dudum praeclarae»** de 1443, redactada en el mismo tono⁸⁶.

Este espíritu belicoso y de lucha contra el infiel seguirá manteniéndose en al avance conquistador por el oeste de Africa e ínsulas adyacentes, hasta la llegada de la conquista definitiva de estas Islas, efectuada por los Reyes Católicos, luego del tratado de Alcaçovas-Toledo de 1479-1480, por el que el archipiélago pasaba a poder de Castilla⁸⁷. Este espíritu de conquista de los castellanos, al ir motivada por el anhelo de convertir a los naturales, y con el convencimiento que tal empresa era bendecida por Dios, conforman elementos que la aproximan al concepto de cruzada, aunque los Santos lugares no estén en la mira de los conquistadores y a estos infieles se les perciba como de otro cuño.

Esta actitud y esta intencionalidad se manifiestan, pues, normalmente

⁸⁴ Bontier..., Le Canarien. LXXXV, 15, en Serra, p. 346.

⁸⁵ Leturia, Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica, 179.

⁸⁶ Rumeu de Armas, Los problemas derivados del contacto de razas en los albores del Renacimiento, p. 75. Cuadernos de Historia, anexos de la Rev. Hispania, N° 1, 1967.

⁸⁷ Morales Padrón, «Las Canarias: Primeras Antillas», en Canarias y América, p. 60.

en este proceso conquistador, en cada una de las islas que se van conquistando, como es el caso, por ejemplo, de Tenerife que cae en poder del capitán Alonso Hernández de Lugo: Los reyes y los guanches principales, viéndose amenazados por poderosas fuerzas, piden tregua y preguntan al capitán castellano **«que era lo que pretendía de ellos, que estando en su quietud y sosiego, los venía cada día a desasosegar y cautivar y matar, no haciéndoles ellos ningún mal. Alonso Hernández les respondió que no quería otra cosa de ellos, más de que se tornasen cristianos y sirviesen a Dios...»**⁸⁸. Junto a la violencia de la conquista, enmarcada en el gran proyecto de la cruzada universal contra el Islam surgido de las concesiones pontificias y de la mentalidad de la época, estaba pues el afán evangelizador que se hacía cada día más fuerte, a medida que se iba aquilatando la índole más asequible de estos nuevos infieles de la zona atlántica.

CONCLUSIÓN

En síntesis, como se ha podido observar, el espíritu de cruzada, vivido con tanta intensidad en el Pleno Medievo europeo, penetró también en la Península ibérica, bajo la influencia de la Santa Sede y de la realidad histórica de Reconquista. Mientras en el reino de Aragón comienza y se mantiene con mucha fuerza a lo largo del Bajo Medievo, en Castilla entra lentamente y toma cuerpo desde la segunda parte del siglo XV. La causa será la presión de los turcos sobre el Oriente bizantino y los proyectos castellanos de conquistar Granada.

Al mismo tiempo, la Santa Sede, protagonista de tantas cruzadas a lo largo de cuatro siglos, aceleraba su papel protagónico en la defensa de la Cristiandad en proceso de aniquilación en el este europeo y de expansión en el sur de España. Esta actitud de los Papas evidenciaba lo vívido que estaba el espíritu de cruzada en la alta jerarquía de la Iglesia, y que se traducía en múltiples congresos, bulas e imprecaciones para comprometer a los que detentaban el poder político y militar.

Sin embargo, la reacción de la Península ibérica sería más positiva, aunque no vibrante y muy dispar, según fueran las condiciones políticas

⁸⁸ Abreu Galindo, Fr. J. de, Historia de la Conquista de las siete Islas de Canaria (Edición crítica de Alejandro Cioranescu), p. 321. El autor es un fraile franciscano, que con seguridad vivió en las islas y escribió con mucho conocimiento de causa, hacia 1560 más o menos.

de cada uno de sus reinos. Efectivamente, Aragón y Portugal fueron los que reaccionaron más pronto, gracias sin duda a su mayor estabilidad política y a su interés expansionista cada uno en su área: Aragón hacia el Oriente y Portugal hacia el Sur marroquí y hacia el Africa occidental. No sería el caso de Castilla, envuelta en una grave y prolongada crisis, que gastaba sus fuerzas en estériles luchas intestinas. Sólo cuando, con los Reyes Católicos, logra la estabilidad interna y adquiere relieve internacional, el ideal de cruzada se reactivará aunque condicionado por la personalidad de sus protagonistas.

Fernando el Católico, monarca más renacentista que medieval, supeditaba, más bien, los sueños cruzados a los intereses del Estado, que eran preferentemente el aumento de la renta fiscal y la integración de Granada al territorio castellano. En efecto, serán ímprobos sus esfuerzos para obtener de la Santa Sede las consabidas bulas de cruzada que proporcionaban al erario público ingentes sumas de dinero para el equipamiento y organización de ejércitos y flotas, que se pondrán al servicio de la causa cruzada, pero no para realizar los sueños un tanto utópicos de recuperar Tierra Santa, sino para reconquistar el territorio granadino, que en manos de los moros amenazaba la seguridad del Estado.

Otro protagonista de la escena política castellana es el cardenal Cisneros, en el que la reina Isabel deposita su confianza. Como hombre más típicamente medieval, infunde a la empresa castellana contra los moros un cariz marcadamente cruzado con una buena dosis de providencialismo, con una reafirmación del antiguo ideal por la liberación de Tierra Santa y un acercamiento al anhelo evangélico de la conversión de los infieles. Efectivamente, el ideal misionero que aparecía reflejado en tantas bulas pontificias otorgadas a los reyes portugueses, especialmente vinculados a la empresa de Eurique el Navegante desde hacía décadas, aparecerá también en Castilla sobre todo cuando los Reyes Católicos se deciden a conquistar Granada, y más evidentemente, cuando el Cardenal Cisneros asume la responsabilidad de la cruzada norafricana. Su alma franciscana aflora con vigor. Si como hombre de Estado debe acudir a la fuerza de las armas, su mentalidad franciscana le da una impronta misionera a la empresa: **«los muslines serán sujetos a la fe»**. El concepto **«sujeción»** no suena muy evangélico, pero al menos no se olvida la conversión del infiel. En consecuencia, conquista y conversión son dos elementos cada vez más hermanados, que desde hace tiempo han comenzado a hacer escuela.

No es muy distinto lo que pasa durante la conquista de las Canarias. En ellas, los cristianos han encontrado a un infiel diferente al tradicional, pero como se tiene un concepto cósmico de la lucha contra el Islam, la conquista de las islas y costas atlánticas están condicionadas por esta guerra total, cuyo éxito permitirá atacar a los musulmanes por la espalda con el auxilio de algún príncipe cristiano, que podría ser el mítico Preste Juan.

En definitiva, el ideal de cruzada está presente en estas últimas empresas castellanas pero condimentado con el espíritu de conquista y el afán evangélico de conversión.